

## El árbol de la vida

# Chirbes



*La larga marcha* está plagada de pequeñas historias que van entrelazándose como si se tratase de un tapiz, de detalles que enriquecen la narración, de situaciones sugeridas, de intersticios que el lector debe rellenar

lo poco que ganan en temporadas de recolección, trabajando como temporeros en los arrozales. La degradación progresiva de los personajes, que afecta incluso a las élites, es un reflejo de la vida de la postguerra. En Madrid hay gente que debe dedicarse al contrabando y al estraperlo para sobrevivir y cualquier oportunidad que se presenta provoca miedo porque es el temor a una nueva vida, a una posible opulencia, a la riqueza, cuando siempre se ha sido un pobre desgraciado. En este sentido, la descripción de Madrid en los años cuarenta es la de un lugar sin oportunidades, que se lo traga todo.

El salto cronológico que acontece en la segunda parte de la novela sitúa la narración en los años sesenta, en la generación de los hijos de la postguerra, que Chirbes denomina la joven guardia. El tono se torna más cercano, como más autobiográfico. Es lícito pensar que en las voces superpuestas de los jóvenes personajes que afloran en estas páginas se encuentra el recuerdo de las experiencias de Chirbes en el orfanato y en la universidad madrileña. Se superponen de este modo las reglas estrictas, el orden y la violencia que rigen en el internado con las aspiraciones a escribir, la influencia ejercida por la formación cinematográfica o la experiencia de la homosexualidad.

La desbordante vitalidad de Madrid parece acoger a los personajes de la novela. En la capital confluyen los emigrantes gallegos, que huyen de la construcción de un pantano y que en la gran ciudad sufren la violencia del desarraigo, pero también llegan a Madrid los campesinos extremeños que buscan nuevas oportunidades y que comprueban, tristemente, el contraste con la vida en Extremadura, experimentando la soledad. El carácter inhóspito de la ciudad se advierte en los desagradables olores, que contrastan con los olores naturales del campo. También confluye en Madrid una generación de jóvenes, los niños de la postguerra, que mayoritariamente va a estudiar en la universidad, un grupo intelectual de estudiantes que discute sobre literatura y filosofía y que configura la nueva generación que luego llevará a cabo la transición política. El desarrollo de las ideas marxistas y la alternativa comunista se presentan como la esperanza para un nuevo país y una nueva sociedad. Chirbes parece recrear ambientes que él también vivió, desde la Facultad de Filosofía y Letras de la Ciudad Universitaria hasta los cine-clubs del centro de Madrid, pasando por el sindicato clandestino de estudiantes. Mezclando lo sentimental con lo literario, Chirbes se centra en la relación existente entre el despertar sexual de los personajes y la esperanza en una revolución comunista.

*La larga marcha* está plagada de pequeñas historias que van entrelazándose como si se tratase de un tapiz, de detalles que enriquecen la narración, de situaciones sugeridas, de intersticios que el lector debe rellenar. En la narración se habla de los supervivientes de la postguerra, de la brutalidad de los nuevos ricos, de la emigración y el desarraigo, de la esperanza en la revolución. También flota, no obstante, una tenaz melancolía, fruto del desencanto ante las oportunidades perdidas y la decepción ante los sueños desvanecidos. *La larga marcha* finaliza en los sótanos de la Dirección General de Seguridad. Allí parecen concluir todas las esperanzas depositadas en la joven guardia.

**RAFAEL CHIRBES SIEMPRE HA ESTADO INTERESADO POR LA HISTORIA.** Se ha llegado a decir que leía con asiduidad los *Episodios Nacionales* de Galdós porque veía en ellos posiblemente un modelo que podía aplicar a nuestra época. En 1996 Chirbes publica una novela que abarca un largo periodo, desde la postguerra en los años cuarenta hasta finales de los años sesenta. La novela se titula *La larga marcha*. Es el inicio de un proyecto que tiene continuación con *La caída de Madrid* y *Los viejos amigos*. Empleando una mirada poliédrica que incluye el estudio de varias familias en descomposición y con un estilo ampuloso, minucioso y detallista, Chirbes acomete la tarea ejemplar de retratar las esperanzas y desencantos de dos generaciones sucesivas en *La larga marcha*, enlazando los desgarros y frustraciones de la postguerra con las nuevas posibilidades que ofrecía el comunismo en los años sesenta.

La recreación histórica de los años cuarenta, implícita en la primera parte de la novela, es un retrato de grupos de distinto signo social, desde los Amado, una sencilla familia campesina vinculada a la tierra y sus raíces, que vive en un pueblo gallego y que finalmente se ve obligada a emigrar a Madrid por la construcción de un pantano, hasta las familias acomodadas de la alta sociedad madrileña, como los Seseña, un claro ejemplo de aristocracia en decadencia. En este amplio arco social que trata de cubrir Chirbes no faltan las historias de supervivientes de la guerra, individuos que han permanecido años en la cárcel por cometer delitos de carácter ideológico. Este tipo de personajes permiten a Chirbes ahondar en una visión cainita de España,

en la imposibilidad de levantar el país por la falta de intelectuales y poetas, en la pérdida de la dignidad y en la idea de derrota que anida como un sentimiento en gran parte de la población española. Tampoco se olvida Chirbes de los jornaleros andaluces, individuos que no atesoran nada, que viven de

Pedro Amorós

## COMPLICIDADES

Carlos Marzal



## Banderas y palabras

El otro día estaba pensando en banderas. Así, en general. No en las banderas concretas, sino en banderas. No pensaba en la bandera de España, ni en la de Francia, ni en la de Eslovenia, ni siquiera en la de Japón, que es mi favorita, porque no me parece una bandera, sino un concepto pintado, arte contemporáneo antes del arte contemporáneo, una idea inscrita sobre tela, la más sencilla, la más sugerente, algo difícil de conseguir tratándose de banderas; tampoco está mal la de Brasil, pero se les ha ido la mano con su leyenda de Ordem e Progresso, se han puesto estupeados, como les sucede, a poco que les dejes, a los brasileños, ya sea jugando al fútbol, bailando en cuanto suena la música, o cocinando, a todo le añaden un plátano y frijoles, un gambeteo de más, toneladas de purpurina y contoneos mil por las calles, de manera que su bandera, que podía estar muy bien con un poco más de sobriedad, se les ha aplanado, frijoleado, carnavalesado hasta convertirse en un cartel, algo que no le debería ocurrir a una bandera.

Así que estaba yo el otro día pensando en eso. Me suele suceder (no sé muy bien cómo funcionan las cabezas, empezando por la mía) el verme pensando en objetos (en botellas rotas, en anillos depositados en los joyeros de las mujeres, en cajas de medicamentos, en envoltorios de plástico), y de los objetos paso a las ideas sobre los objetos, a las sugerencias que esos objetos despiertan en mí. No estoy seguro de si se trata de un proceder habitual, y si quiere decir algo o no esa manera en la que pienso. Lo dejo aquí anotado, porque a menudo me preocupa el sistema extravagante con el que reflexiono (y que es una extravagancia elevada al cuadro, porque pensar -es decir, reflexionar sobre lo que se piensa- es tan poco corriente, en verdad, como hablar una lengua muerta, o es precisamente eso: hablar una lengua muerta, una lengua de un solo hablante).

Lo más evidente es creer que las banderas son símbolos, y las evidencias constituyen un alimento básico universal, el trigo y el maíz de casi todos, el arroz de los pueblos, el aguardiente destilado con lo que sea que uno tenga a mano, ya sean pieles de patata o pedazos de ágave, hollejo de uva o granos de cebada, el caso es meterse evidencias en el cuerpo.

Pero lo cierto es que las banderas solo son símbolos desde un punto de vista secundario. Las banderas son, sobre todo, palabras, están hechas de discurso verbal, de retórica, de habladurías, de palabrería, de leyendas, de mitos y poemas, de cuentos y canciones. Lo que el viento agita, cuando se mueven las banderas, son vocales y consonantes puestas unas detrás de otras, para formar frases que forman al final una historia. No es que yo sea un hipocondríaco verbal (que lo soy), sino que constituyes una verdad científica: se ondea una bandera y ya estamos hablando.

Por detrás de las banderas, por supuesto que hay una idea de la patria, porque las patrias, todas, no son otra cosa sino palabras reunidas para erigir eso que llamamos patria, sea lo que sea, y las ideas acerca de las cosas también son palabras, intuiciones que cobran cuerpo al fijarse en la escritura. Las banderas son un texto, sin necesidad de que lo aliñe un cocinero brasileño al son de la bossa nova, sin que se lea en ellas Ordem e Progresso. Parecen una tela que cuelga de un mástil, pero son páginas de una novela antigua, a ratos magnífica y a ratos pésima, por momentos gloriosa y por momentos insoportable, a menudo euforizante y a menudo deprimente, como somos nosotros. Siempre nos matamos por palabras. Sólo nos matamos por palabras.

## SOLAPAS



**JORGE DE CASCANTE Hace tiempo que vengo al taller y no sé a lo que vengo**

ALIANZA EDITORIAL

► Dos mujeres articulan décadas de amistad en torno a la pizza. Un niño de once años con mostacho trata de sobrevivir en el colegio. Los médicos de una prestigiosa

clínica conspiran contra la sociedad occidental. Un enano tiene una cita. El viaje de fin de curso de una adolescente sale mal. Un profesor universitario trata de superar el pánico a sus alumnos. Una niña en plena mala racha descubre que puede mover objetos con la mente...